

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles  
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales  
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias  
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones  
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías  
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño  
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR  
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

## ¡RESPIREMOS!

—Ya ve vuesa merced si es previsor nuestro monstruoso amo y señor D. Antonio Cánovas del Castillo... Precisamente en el momento mismo en que estábamos á punto de asfixiarnos... fué él y dijo: ¡Atanasio!... ¿Qué manda usted?, contestó el simpático Morlesin. —Cómo *estámoz* de *caló*...—Pues qué, ¿el señor no lo siente?—Yo *eztoi siempre tan fresco*. Yo pregunto *zi zentís mucho caló tú y er rezto de los mortale*.—Fritos... y particularmente *Linares*, ese se achicharra.—Bueno, pue que *zoplen vientos frescos*; expida usted órdenes, Atanasio. Y Atanasio que es laboriosísimo y activo cumplió el mandato y ya usted lo ve, nos hemos salvado. Repito que es mucho hombre este D. Antonio. ¿Qué hombre? Mucho genio ó semi Dios...

—No disparates, Sancho...

—¿Cómo disparatar? Puede que vuesa merced piense que hablo de burlas.

—¿Qué tiene que ver D. Antonio?...

—D. Antonio, D. Antonio tiene que ver en, con, por, sin y sobre todo... Mientras nos ahogaban á nosotros las disposiciones hacendísticas del *Tiznao*, las *trapisondas* de los *yankees*, las amenazas de nuevos empréstitos y nuevos envíos... sólo D. Antonio se conservaba tan fresco... y hoy para lo que pasa, nosotros lo estamos también. ¡Todo nos importa un bledo! ¿A quién sino á D. Antonio debemos esta frescura de que gozamos? Los sabios esos anónimos que escriben *El Imparcial* y *El Liberal*, ya han encontrado para la política interior el primero y para la política exterior el segundo, nuevas direcciones; el uno todo lo espera de Silvela. ¡Está fresco!, y el otro da importancia á la visita de Ito. ¡Un aliado! ¡Cabe mayor frescura! ¿No se llama á esto ser unos bobalicones? Pues los tales papeles se venden... Ahí ve vuesa merced si estamos ó no fresquitos por misericordia de D. Antonio. Con representantes (tal se denominan los papeles susodichos) de la opinión como esos... ya podemos asegurar que aquí nada nos ahoga ni nos sofoca.

—Sancho, razón tienes. Estamos frescos.

—Y como si lo estamos. No se mueve hoja alguna sin la voluntad de D. Antonio. Los periodiquitos hacen aparente oposición; se quejan de esto, de lo otro, de lo de más allá, engañan al Tonto de la alfombra Sr. Silvela y así distraen la atención de las gentes y en tanto D. Antonio

sin cesar navega... etc., etc.

Vamos viviendo.

—Hombre, no, la verdad es que no ocurre cosa alguna que merezca seria atención y mucho menos que nos haga tomar con calor la política.

—¿Que no ocurre cosa alguna?

—No, porque no creo que des importancia al abogado Canalejas.

—¡Ah mi señor y amo! ¡Qué poco entiende vuesa merced de estos asuntos! Pues qué, la protesta de los socialistas contra los atropellos cometidos por las autoridades en Bilbao, ¿le parece á vuesa merced suceso de escaso valer?

—Hombre, sí, puede tener alguna importancia.

—Ya parece vuesa merced un periodista de periódico de empresa. ¿Con que alguna importancia? Mucha, muchísima. ¿Qué dicen de tales atropellos los papeles de oposición? Nada. Sin embargo, cuando los obreros, la más respetable y noble representación del pueblo, manifiestan en estos críticos momentos, en estos días de desalientos y de indiferencia, gran confianza en la libertad; cuando ellos creen que no son necesarias ni las violencias ni las exageraciones para que la nación recobre su augusta soberanía; cuando ellos, los pobres trabajadores, se fijan en un concreto punto de la política y proclaman que la moralización del sufragio universal ha de darles el triunfo. Y esto lo creen y lo dicen hoy... hoy, mi señor D. Quijote, hoy que los abogadillos parlotean por ahí neciamente como cotorras embriagadas con sopa en vino; hoy que los papeles públicos maldito si hablan cosa alguna de libertad, democracia y república; es decir, de los grandes principios de moral política, mirándolos como los únicos remedios para regenerar la abatida patria, como los únicos fundamentos para hacer lógica la censura de los actos de Gobierno; cuando los obreros hoy dicen lo que han dicho los socialistas madrileños; los periodiquitos que á veces escribe un D. Majadero cualquiera, alaban el juicio, el orden de los trabajadores, pero no ven ó no quieren ver en lo que ellos han dicho una importante manifestación de verdadera opinión pública.

—De modo que tú crees que los discursos de los socialistas significan algo.

—Y aun *algos*. Significan que el pueblo piensa en la libertad, en hacer uso del derecho, en penetrar activamente en la política, en poner su fuerza y su voluntad poderosas en favor de la paz y de la democracia y de la república.

—Venga, Sancho, venga ese refrigerador soplo. ¡Nos asfixiamos! ¡Auras, brisas populares purifiquen este enrarecido ambiente! Seguro que estos soplos benéficos, estos vientos alicios no provienen de la voluntad de D. Antonio, sino de la inmensidad del pueblo.

—Esa es otra cuestión; vuesa merced dice una herejía. De D. Antonio viene todo; él es principio y fin de todas las cosas, y entre ellas de la monarquía. Si él, él, EL no hubiera dejado suelto á *Chavarri* y suelto al gobernador, éstos no hubiesen oprimido á los socialistas. Si éstos no se hubiesen visto atropellados, los socialistas de Madrid no hubieran protestado, si no hubiesen éstos protestado, nosotros no estaríamos contentos al ver que el pueblo se alza imperioso, justo, sabio y severamente indignado y no respiráramos. ¡Aún nos sofocaría esa atmósfera *silvelada*, *acanalejada*, donde vuelen Imparciales y Liberales y Heraldos! ¡Bendito D. Antonio! ¡Qué portentosas barbaridades hace su monstruosísima persona!

—¡Si portentísimo Antonio, omnipotente, creador de Cos-Gayón, y de la Huerta, y tu Morlesin, su único hijo que descendió á los Consejos y está sentado á la diestra; si, divinos señores, creo en vosotros, y en la resurrección de la carne (Linares Rivas), y en la cartera perdurable (Tetuán); creo que tú, ¡oh monstruo!, harás disparate tras disparate, tantos que al fin el pueblo se despierte y piense que la libertad es su fuerza, el derecho su arma é irá este titirimundi este teatro de

manómetro, y vos que lo manejaís á la... Navarrorreverter. Per secula seculorum.

Don Quijote muy devotamente:

—Amén.

## FANTASÍAS

La larga teoría de vagabundos, que más trazas tenían en sus tres cuartas partes, de hampones y juglares que de otra cosa, llegó hasta las puertas de bronce de la ciudad. Y un gran silencio cundió entre ellos al destacarse sobre el fondo grana del cielo, como sobre una gloria, en aquel amanecer magnífico, la osamenta del jefe, dorada por el sol, como en una apoteosis.

—¡Que hable! ¡Va á hablar! ¡Caiga sobre nosotros su palabra como el rocío sobre los campos! ¡Que sea miel y sea aurora! ¡Miel para nuestros cuerpos, y aurora para nuestras almas!

Ledamente, avanzó. Erase que se era un anciano bien proporcionado, enjuto de carnes, móvil é imponente al propio tiempo, de actitudes, como determinado que fuera por la extravagante conjunción erótica de un león y de una ardilla: *duplex*.

Una gran sonrisa, entre afectuosa y burlona, terca y siempre igual, lo cubría estrechamente, personificándolo, singularizándolo. Aquel hombre era aquella sonrisa; sólo, que reparándolo detenidamente, se barruntaba—¡mucho cuidado!—que la irradiación de la sonrisa podía desvanecerse hasta las hoscas entonaciones de la cólera y el odio; y que la misma mano que trazaba, como en una gran pizarra, gestos acariciadores de amante sobre el vasto horizonte azul, era susceptible de desgarrar miembros palpitantes y de ensañarse después en ellos inexorable: mano-zarpa.

\*\*\*

Merodeaba la tribu aquella, desde hacía luengos años, por los alrededores de la ciudad santa; ni sal ni agua: se les negaba todo; ni lumbre ni techo: se les rehusaba todo. Inflexibles los de adentro, y tercos los de afuera, aquella lucha había llegado á los límites posibles de una tensión absurda. Había aitez en el espacio circunscrito por las murallas; hambre fuera. Y mientras que la hartura de los sitiados clamaba á Dios, la larga dieta de los sitiadores pedía tónicos al diablo. ¡Donoso mesiazgo el del hombre aquel, el jefe de la banda, á quien se le exigía que fuera conquistador y brujo en la misma milésima de segundo!

\*\*\*

—¿De qué se trata?—comenzó—¿De entrar? ¿Nada más que de entrar, como en tiempos más felices, ya desgraciadamente idos? Nuestras catapultas están inservibles, rotos nuestros arietes. No tenemos palabras nuevas ni formas nuevas que decir. A fuerza de errar, como animales heridos por estos yermos; de impetrar, no como quien realiza un deber, sino como quien solicita una gracia, derechos de ciudad en el recinto que tienta nuestras ambiciones sin otro fin que el de comer caliente y dormir blando, hemos llegado, sórdidos por dentro y hastrosos por fuera, á ser más impuros que el polvo mismo de las carreteras. Miráos los unos á los otros. No estamos enteros, nos han lisiado nuestros



# DON QUIJOTE

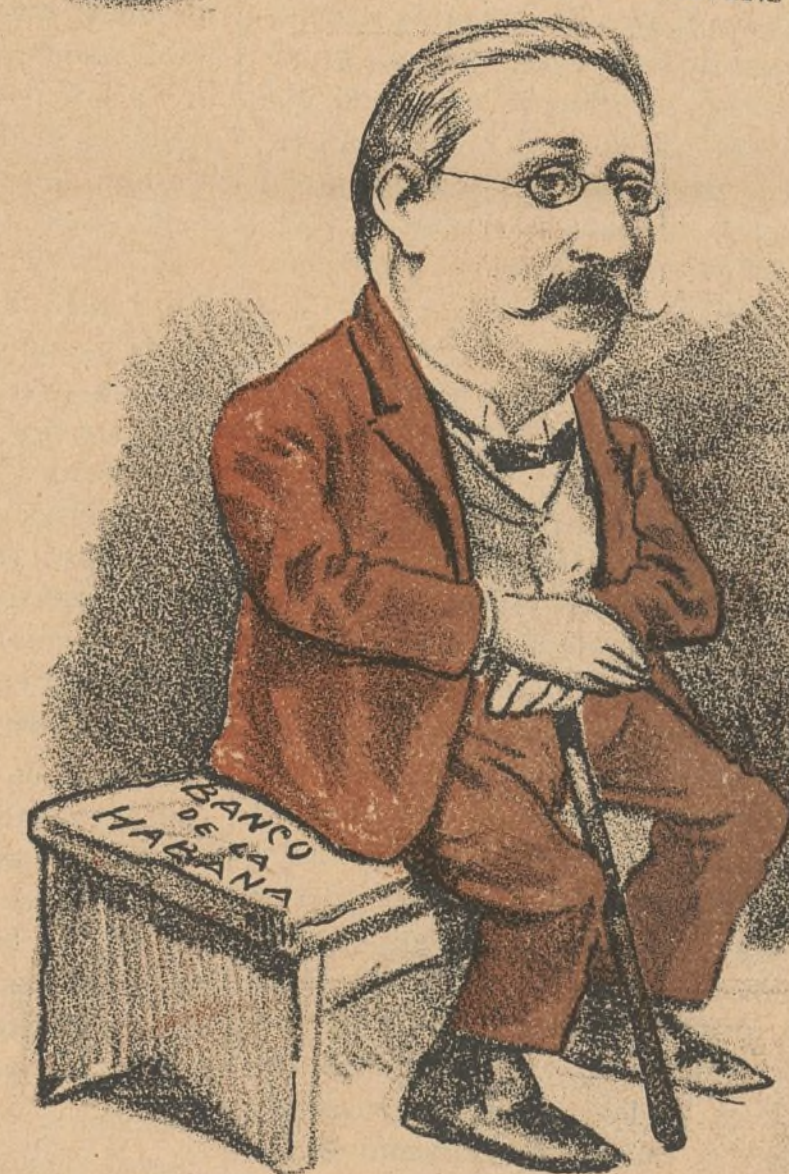


SILUETAS CUBANAS

Remedio seguro para resolver la cuestión social.



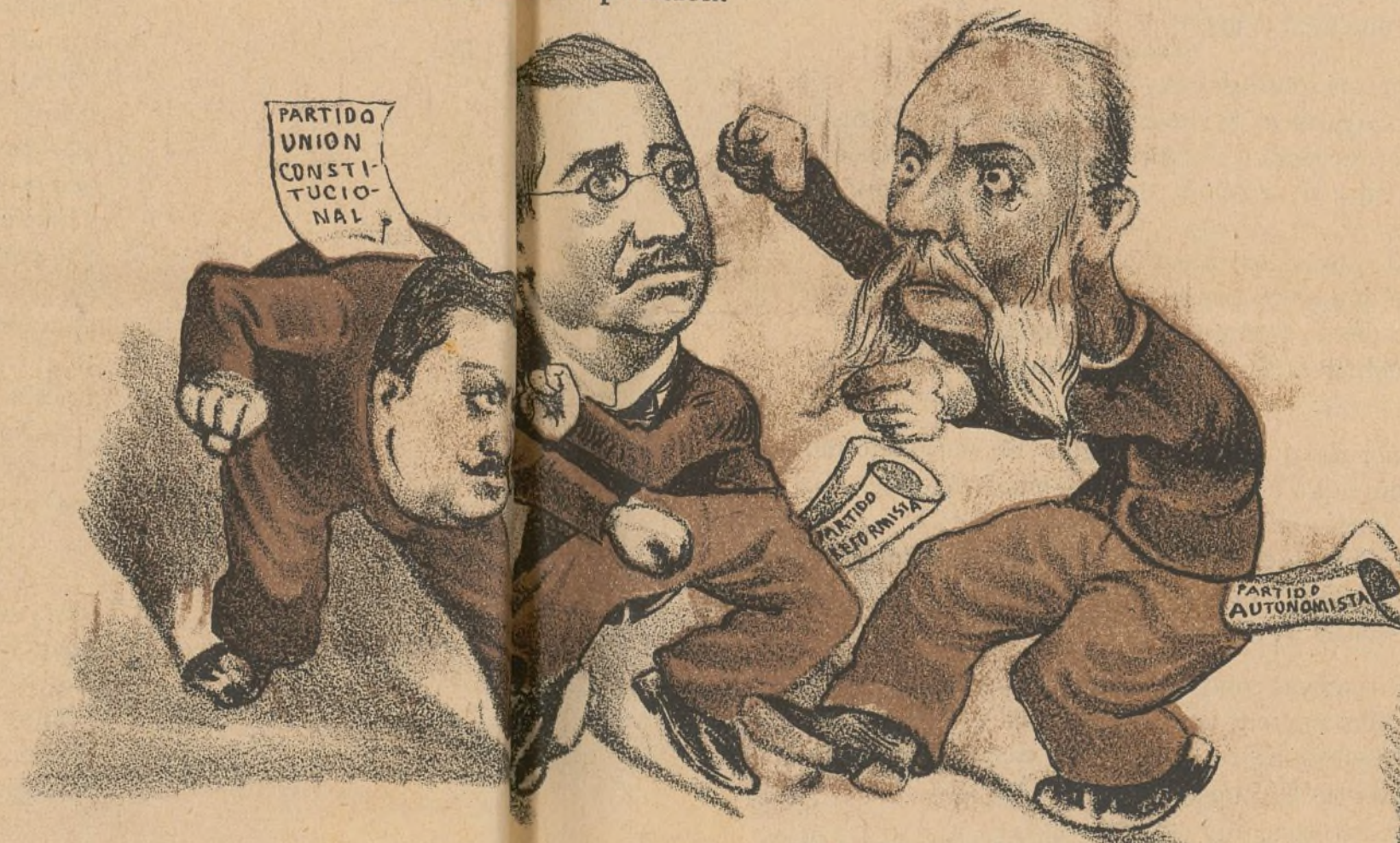
¡Tararí! ¡Tararí! ¡Tararí!



D. Francisco Cassá, gobernador del Banco de la Habana



¡Al ha, señores, al barato! Frascos del sentido jurídico para matar las pulgas, las chinches, las correderas y la inmundicia política.



propósito de las reformas.



El rico Juan cobra.



El pobre Juan paga.



Un socialista bilbaino.



errores y nuestros vicios: somos los irremediables inválidos de la fatalidad. Ese de ahí que aspira a la prórroga indefinida de su procerato, es cojo; es otro manco, ciego el de más allá. ¿Que la gente que hoza tras de esas murallas está igualmente maltrecha y maldita? ¿Qué duda cabe! Pero ellos están dentro y nosotros fuera. ¿Os sentís capaces de tomarlas por asalto? ¿Que sí? ¿Que no? ¡Ay del bajel necesitado de carena que se lanza a la mar sin viveres y sin pertrechos, sin otro lastre que la impaciencia por llegar a puerto de sus tripulantes!

\* \*

Hubo estupor, después ira, luego zarahunda de poseídos y epilépticos. Llegó hasta oírse un ¡muera! proferido por un gibosillo que se ocultó detrás de un patizambo. Pero estaba tan de antiguo la tribu aquella habituada a ser un feudo puramente material entre las manos del hombre, que por veleidad, mejor que por razones austeras, la rastrallaba tan sin piedad ahora, que los gritos dejaron de formar cascada, de allí a poco, y un gran silencio se hizo, sepulcral y medroso, de esos que, absolutos, se oyen, al decir del poeta.

—¿Decís que sois capaces de tomar esas murallas por asalto?—tronó de nuevo aquella voz. Y fué como una esclusa que se abre. ¡Al asalto, al asalto!—gritaron los más.—Ocurrió entonces un acontecimiento, más propio de la Taumaturgia que de la Historia. Veían los ciegos, corrían los tullidos, producían acción los mancos, y hasta los mismos poltrones, espoleados por la pasión, abrasados por la codicia hasta marcar en ellos temperaturas de horno ó de fiebre inverosímiles, especie de tizonas semovientes,—las teas humanas con que se holgara el déspota romano—se lanzaron también a la pelea, formando, compactos y como fundidos, una suerte de bloque humano delirante, que avanzaba y caía, y se levantaba, y volvía a caer, y rodaba, y chocaba contra los muros de la ciudad dorada—irresistiblemente.

Plomo derretido y ayes de agonía, pez hirviente y maldiciones de rabia, todo mezclado, todo confundido, caía de almenas y barbancas sobre los miseros sitiadores, como de solfataras hechas de fuego y odio. Mientras que éstos, semejantes a titanes, respondían con rocas a la pez y con espantosos denuestos a las maldiciones. Y ya habían abierto brecha al murallón enorme que circundaba la ciudadela, ya se disponían al postero y definitivo asalto, ya, por consiguiente—¡al fin!—iba a ser de ellos el poder, y la gloria, y el reposo después del hartazgo, y la borrachera del amor después de la embriaguez del vino; ya iba, en fin, a ser suyo, de ellos, aquel *Dorado*, aquella isla florida de sus sueños, cuando—¡oh dolor verdaderamente tremendo!—aparecieron en las lejanías borrosas del horizonte, cabalgando hacia ellos en son de guerra, armados de rayos, resplandecientes y magníficos, los albos caballeros del Ideal, anunciados desde mucho tiempo hacia, como Cristo por los profetas que le precedieron, por evangelistas y augures de todas las zonas terrestres, por cuantos tienen el don de prever y la santidad de prevenir.... —Cesó la horrenda lucha como por encanto. ¿Quién es osado a combatir contra terremotos y ciclones? ¿Ni cómo una generación entera de homúnculos podría habérselas con un puñado de hombres?

\* \*

Y así concluyó la jornada sin nombre, que sirve de asunto a este esbozo; jornada más importante para nuestros destinos que la rota de Guadalete ó la épica hazaña de Lepanto. El rítmico ruido de los escuadrones blancos al galopar en las lejanías del horizonte, fué como un *Fecit* enorme que sonara y repercutiera indefinidamente por los cuatro espacios de la vida; y las entrañas de la creación se abrieron para dar lugar a un nuevo mundo.

ALEJANDRO SAWA.

## QUISICOSAS

No olvidéis, defensores del carlismo, esto que en un discurso dijo Mella: *Callen los labios y hablen los cañones...* de los órganos que hay en las iglesias.

\* \*

Silvela a Valencia va  
y allí, con mucha elocuencia,  
de su partido hablará,  
y después... se quedará  
a la luna de Valencia.

\* \*

—¿Qué cosas pasan, qué cosas!  
Se baña, si hace calor,  
el rico, en agua de rosas,  
y el pobre pueblo, en sudor.  
—¿Y Sagasta?

—El otro día,  
con asombro de la gente,  
se dió duchas de agua fría  
en la plazuela de Oriente.  
¿Y Cánovas?

—¿Cosa extraña!

No se baña ni el cabello.  
—¿Dice usted que no se baña...  
y le llega el agua al cuello!

\* \*

Con los impuestos de guerra  
Reverter nos tiene fritos,  
mas si en estas circunstancias  
yo fuera como él, ministro,  
pagarían ese impuesto  
solamente los políticos  
que gozan desempeñando  
cargos que son honoríficos.

VICENTE RUBIO.

## VAN Y VIENEN

—Adios, marquesa.

—Hola, conde.

—Abur, barón.

—¿Y adónde tanto bueno?

—Por ahora nos detendremos en Biarritz. Luego, Dios dirá.

—Y usted, vizconde, ¿no hace estancia en San Sebastián?

—Antes la muerte, duquesa. ¡Está aquello de una cursilería!

—Os cito y emplazo para el treinta a las dos de la tarde, al pie de la Snugfrau.

—¿No tendremos el gusto de ver a usted en Trouville?

—Lo dudo. Figúrese que a Cornelio le ha dado este año el capricho romántico de visitar los Highlands.

—Oh, lo que es tú, *my dear*, no dejarás de dar tu vueltecita por Monte Carlo.

—Cela se pourrait bien.

Y así se cruzaban rápidas preguntas y respuestas, erizadas de nombres extranjeros; Baden-Baden, Carlsbad, Spa, Mariembach, Ginebra, Laussane, Chamonix, Windsor, Rechemont, el Mont Blanc, el Rhin, el lago de Couso...

Un enjambre de aristocráticos personajes populaba en torno del sur-exprés formado por dos *sleepings*, varios cupés-camas, un departamento de señoras; todo reservado. Había allí damas maduras, de formas opulentas, envueltas en el elegante guardapolvo, cubierto el rostro por la ligera gasa, destinada a preservar de las injurias del viento una tez de rosa, nunca ajada por los cuidados, las fatigas de la maternidad ni las angustias de la vida. Había vírgenes gallardas, ligeras, airosas, esbeltas, verdaderos pimpollos humanos, rebosando por labios y ojos el gozo de vivir. En torno de estos capullos mariposeaban pesadamente algunos pollos lacios, mozos decrepitos, escualidos, ojerosos, pero sonrientes y dicharacheros, llevando impresas en sus semblantes fatigados las huellas de la orgía de la víspera. Y daban la nota grave los señores mayores, orondos personajes, serios, importantes, barrigudos, que escondían bajo el gorro escocés su cráneo pelado de senadores vitalicios. Sonó el aviso premonitorio, cambiáronse los últimos saludos, cerraron los empleados las ventanillas, silbó ruidosamente la locomotora y a poco se perdía de vista, en la primer revuelta del camino, aquel tren que enerraba en su seno tanta opulencia y tanta dicha.

Al dejar el andén, llena la mente del brillante espectáculo de la partida, preguntábame yo con asombro si realmente todos aquellos viajeros que iban a diseminarse por Europa, en busca de emociones y placeres, eran miembros vivos de la sociedad española, hijos de la madre dolorida que sufre hoy tan hondo quebranto.

\* \*

A la puerta de la estación se hallaba detenido un ómnibus que ostentaba como distintivo la bandera de la Cruz Roja. Ocupaba el interior del vehículo como hasta una docena de soldados, vistiendo el traje de rayadillo, pálidos, extenuados, macilentos, salientes los pómulos como queriendo romper la piel, los ojos ora amortiguados, ora encendidos por la fiebre, miembros secos, manos descarnadas, rostros que llevaban ya grabado el sello indeleble de la muerte. Hablaban entre sí. Me acerqué para oírlos.

—¿Me das un cigarrillo?—decía un soldado a otro...

—¡Anda! Por lo menos te figuras que conservo aún la cajetilla que nos dieron al marchar.

—¿Qué entusiasmo aquel!—murmuró uno tristemente.

—Sí; no es como ahora.

—Poco se figura uno al ir lo que va a encontrar allí.

—¿Cómo fuimos, y cómo volvemos!

—¿Y pensar que por precio de salud y acaso de la vida, me han dado estos indecentes papeluchos!—clamó otro estrujando con rabia entre sus manos unos billetes de Cuba.

—¡Animo hombre! ¡Animo, que ya estamos en casa como quien dice.

Dirigíase esta excitación al más desmayado de todos: un pobre muchacho flaco como un esqueleto, amarillo como la cera, que recostado en un rincón, dejaba caer la cabeza sobre el pecho, con una indescriptible expresión de tristeza y abatimiento.

—¡Ah!—replicó con voz apenas perceptible y con lágrimas en los ojos—¡con tal que pueda abrazar a mi madre antes de morir!

Partió el coche con destino al Sanatorio, llevando al benéfico asilo toda aquella triste carne de hospital, desecho de la guerra.

El contraste era demasiado violento para no suscitar en el alma amargos sentimientos y en la mente hondas reflexiones. Dos obreros que pasaban interrumpieron mi meditación.

—Desengáñate, tú—decía uno de ellos,—que siempre habrá pobres y ricos.

Yo me alejé con lento paso, murmurando:

—¿Siempre?

ALFREDO CALDERÓN.

## LANZADAS

El señor Silvela—¡Dios se lo pague!—se ha propuesto ser la nota amena de este aburridísimo verano.

Gracias a él y al inevitable Sr. Moret, la prensa política tiene algo de qué hablar.

El jefe de la disidencia conservadora viene a ser para los periódicos—¡tan faltos de noticias!—algo así como el crimen de la calle de Fuencarral, de «feliz» recordación.

¡Porque parece que no, pero eso del tercer partido divierte mucho a la gente!

Los puntos sobre las ies.

El Sr. Sagasta ha hecho constar que el partido fusionista no concederá a Cuba el régimen autonómico del Canadá, sino un régimen especial, *sui generis*, muy español y... tal.

Bueno; quedamos enterados.

Pero a que no es capaz el Sr. Sagasta de contestar así, de repente, a esta sencillísima pregunta:

—Decídme, D. Práxedes: ¿qué es autonomía... española?

El señor marqués de Apezteguía ha declarado modestamente que no aceptaría, caso qua se lo ofrecieran, ningún puesto en el Gobierno.

Celebramos la determinación del señor marqués.

Que es hombre que se conoce.

Y desconfía de sí mismo.

El Sr. Cánovas continúa firme en sus optimismos, y asegurando que todo va bien, muy bien.

¡Pero, señor, ni que D. Antonio viera las cosas con los bellos ojos de Linares Rivas!

¡Nada, que el Sr. Moret no renuncia a su viaje a Zaragoza!

Y se comprende. Porque no es condición de hombres serios renunciar a nada.

Y además, no olvidemos que hace lo menos veinticuatro horas que el Sr. Moret no pronuncia ningún discurso.

El Sr. Villaverde ha hablado en Burgos, en clase de ministro de Hacienda, del tercer partido.

¡De ministro de Hacienda!

Pero desgraciadamente los burgaleses no habrán podido gritarle:

—¿Que te se ve la credencial!

Milagros del Sr. Primo de Rivera.

«Tomado Nasugbú y presentadas allí a indulto 5.752 personas.»

Y según las estadísticas, la población de Nasugbú consta sólo de unas cinco mil almas.

Y luego habrá quien dude del talento militar del general Primo!

¡Un hombre que somete a la obediencia hasta a los seres que no existen!

El Sr. Silvela, en vista del triunfo obtenido en Burgos, ha desistido por ahora de emprender su anunciado viaje a León.

Se dice que irá a *Cabra* solamente.

Algunos periódicos se quejan de que el Sr. Cos-Gayón no haga nada de provecho en su departamento.

¡Pero, por Dios, no seamos injustos!

¿Y la Real orden declarando incapacitados legalmente a los concejales socialistas electos en Bilbao?

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.